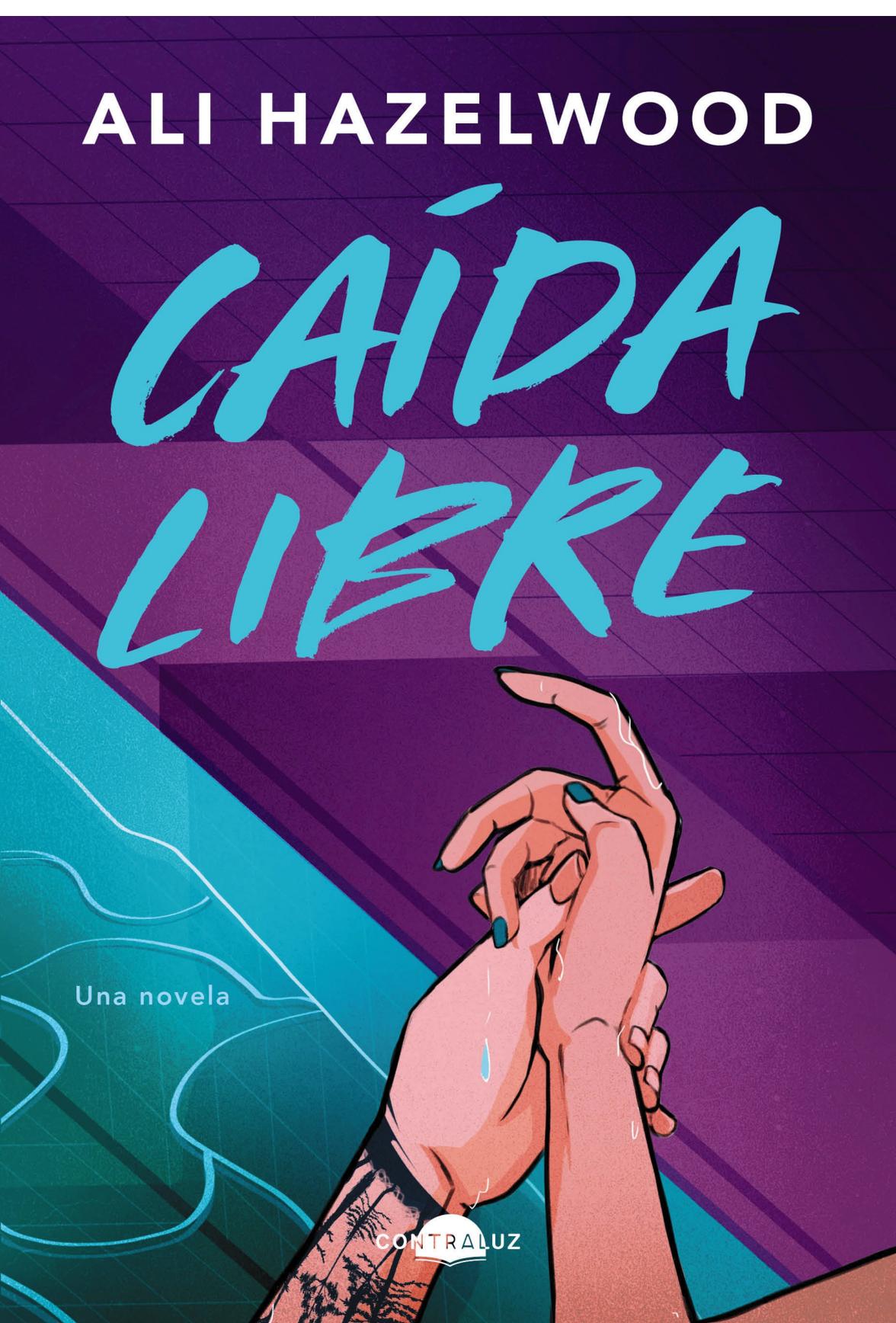


ALI HAZELWOOD

CAÍDA LIEBRE

Una novela

CONTRALUZ



ALI
HAZELWOOD



Traducción del inglés de Nerea Gilabert y Patricia Sebastián

CONTRALUZ

Título original: *Deep End*

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Berkley, un sello de Penguin Random House Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

Primera edición: 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Copyright © 2025 by Ali Hazelwood

© de la traducción: Nerea Gilabert Giménez y Patricia Sebastián, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-54-3

Depósito legal: M. 114-2025

Printed in Spain

Este tiene que ser para las AmsterdAMAS

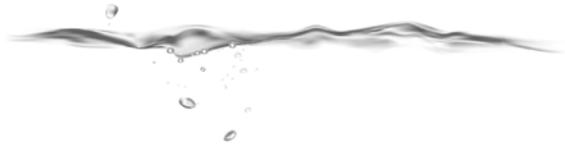
Querido lector:

Te agradezco, de nuevo, que hayas escogido uno de mis libros. Creo que este es mi favorito de todos, ¡y me alegra mucho de poder compartirlo con el mundo! Antes de que te sumerjas entre sus páginas, quiero que sepas que en esta historia se exploran, de manera pactada y consentida, ciertas prácticas sexuales no convencionales, en concreto, los intercambios de poder. Si decides seguir adelante, espero que disfrutes de la experiencia.

Con cariño,

Ali

PRÓLOGO



Todo comienza cuando Penelope Ross se inclina sobre la mesa de madera maciza del restaurante, levanta el dedo índice y proclama:

—Décimo círculo del infierno: encuentras al amor de tu vida, pero el sexo con esa persona es lo más regularo del universo.

Delante de todo el equipo de salto de Stanford.

A las once y cuarto de la mañana.

Durante el *brunch* de celebración por mi vigésimo primer cumpleaños.

Hace cuatro segundos estábamos hablando, sin cortarnos un pelo, de nuestros problemas digestivos, y el cambio de tema tan brusco me deja a cuadros. He estado aprovechando mi recién adquirido derecho a pimplar, pero no hay alcohol suficiente en el mundo que impida que suelte un:

—¿Qué?

Me ha faltado un pelín de tacto. Por suerte, mi escepticismo queda sepultado por las reacciones del resto del

equipo: la tos de Bree, que se atraganta con la bebida; la exclamación ahogada de Bella, y el incrédulo «creía que Blomqvist era el amor de tu vida» de Victoria.

—Así es —asiente Pen.

Le doy un buen trago a la mimosa. Sabe bastante peor que el zumo de naranja a palo seco, pero el efecto del champán lo compensa con creces.

—Pen, cari... —Bree se limpia las salpicaduras de *espresso* martini de las gafas con el dobladillo de la camiseta de su hermana, Bella, que no pone ninguna pega. Cosa de gemelas, digo yo—. ¿Cuánto has bebido?

—Media jarra o así.

—Ah. Igual deberíamos...

—Pero *in mimosa veritas*. —Pen se inclina aún más. Baja la voz y hace un gesto como de barrido—. Chicas, estoy abriéndome con vosotras. Mostrándome vulnerable. Estamos compartiendo un momento especial.

Victoria suelta un suspiro.

—Te quiero a morir, Pen, y te acompañaría hasta el mismísimo Mordor, en serio, pero de especial no tiene nada.

—¿Por qué?

—Porque estás inventándote rollos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Blomqvist es el puto amo.

Me acomodo en el asiento, medio piripi, y me obligo a pensar en Lukas Blomqvist, algo que no hago muy a menudo. La gente supone que todo lo relacionado con las piscinas y el agua me apasiona, pero no es así. Los únicos deportes que me resultan mínimamente interesantes son

el salto de trampolín y el salto en tierra (o, como lo llaman los profanos, «gimnasia artística»). El resto se me escapan. El mundillo de los deportes acuáticos es superamplio. Soy incapaz de seguirles la pista a todos los equipos de waterpolo de Stanford, conquie a los nadadores ya ni te cuento.

Sin embargo, cuesta no fijarse en Blomqvist. Puede que por el mogollón de medallas que tiene en su haber. O los récords mundiales. Por no mencionar que, si la capitana de mi equipo es parte de una pareja a la que conoce todo Cristo, lo suyo es que sepa quién es el otro integrante. Y Pen y Blomqvist llevan saliendo desde hace la tira. No me extrañaría que sus padres los hubieran prometido al nacer para fortalecer las relaciones diplomáticas entre Suecia y Estados Unidos.

Cierro los ojos y desempolvo el vago recuerdo que conservo de él. Bañador negro. Tatuajes. Pelo corto y revuelto de color castaño. Envergadura por encima de la media. La imponente e inusual constitución de cualquier otro nadador de primera división.

Victoria tiene razón. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que sí, Blomqvist es el putísimo amo.

—No he dicho que no lo sea. Es un buen tío, es solo que no... —Pen esboza una mueca, lo que contrasta con su habitual desparpajo. Se me hace tan raro que ni siquiera los efectos de la mimosa me permiten obviarlo.

Resulta que Pen es una chica de diez. Admirable e inspiradora. Una de esas personas que sabe, de forma instintiva, cómo hacer sentir cómodos a los demás. De las que te recuerda que bebas agüita y te ofrece un coletero cuando

se te pega el pelo a los labios. De las que nunca se olvida de tu santo. Podría estar haciendo talleres de crecimiento personal hasta los cincuenta y pedirle a un equipo de analistas de datos que me reprogramase por completo y, aun así, seguiría sin tener ni un tercio de su encanto, porque un carisma como el suyo procede de los pares de bases alojadas en los cromosomas. Pero ahora está mordién-dose los padrastrós de las uñas como si acabara de sufrir su primer episodio de ansiedad social y, la verdad, no me hace ninguna gracia.

—Es que no es... lo que quiero. Y viceversa, la verdad —murmura.

—¿Y qué quieres? —Menos mal que está aquí Victoria para formular las preguntas que yo no me atrevo a hacer. La integrante extrovertida y sin filtro que todo equipo necesita.

—Jolín, pues... ya sabes, a veces... —Pen suelta un gemido.

Me pongo rígida, de pronto preocupada.

—¿Acaso Blomqvist está obligándote a...?

—No. Joder, no. —Niega con la cabeza, pero no debo de parecer demasiado convencida, porque añade—: No. Jamás se le ocurriría. —Las demás han desconectado ya de la conversación; las gemelas están discutiendo sobre cuál es la bebida de cada una y Victoria, haciéndole un gesto a la camarera—. Luk no es así, pero... ¿cómo le dices a un tío que buscas otra cosa?

¿Por qué me pregunta a mí? ¿Acaso llevo escrito en la frente «una vez le pedí a alguien que me azotara»?

No sería ninguna mentira, la verdad.

—Los escandinavos son muy abiertos de mente, ¿no?

—Eso creo. Desde luego es muy abierto en cuanto a...

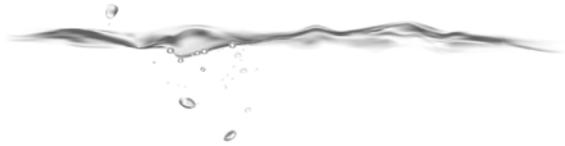
—Pero no termina la frase porque un grupito de camareros aparece y empieza a cantar una versión desafinada del *Cumpleaños feliz*, y luego un montón de cosas suceden a la vez.

Soplo la vela medio torcida del *coulant* de chocolate que acaban de traerme. Las chicas sacan las cuerdas elásticas para entrenar que me han comprado entre todas. Me pongo superblandita al pensar que he encontrado a un grupo de personas majísimas pese a ser introvertida hasta la médula. Victoria anuncia que tiene que ir al baño. Pen recibe una llamada de su tía. Bree me pregunta qué asignaturas he cogido para otoño.

Son muchas cosas en muy poco tiempo. Al final, no llegamos a retomar el tema y me quedo sin descubrir el misterio de la insatisfactoria vida sexual de Penelope Ross y Lukas Blomqvist..., aunque es mejor así. Sea cual sea el problema, lo más probable es que se trate de una chorrada. Que a ella no le guste la marca de condones que compra él. Que él se quede frito sin darle mimos después de echar un polvo. Que los entrenamientos los dejen tan molidos que ninguno quiera ponerse encima. No es cosa mía, así que me olvido del asunto sin darle más importancia.

Hasta que, unas semanas después, todo cambia.

CAPÍTULO 1



La actividad de tercero que más me agobia da comienzo un miércoles por la mañana, un par de semanas antes de que empiece el cuatrimestre de otoño. La tengo apuntada de diez a once en el Google Calendar: una palabra que pesa más que la suma de sus letras.

Terapia.

—Esto es un tanto inusual —comenta Sam durante nuestro primer encuentro, con la voz desprovista de toda crítica o curiosidad. La neutralidad parece dominar todas las facetas de su vida: su traje pantalón beis, su moderado apretón de manos, el elegante y atemporal aspecto de una persona que podría tener entre cuarenta y setenta años... Sé que acabamos de conocernos, pero ¿sería muy precipitado por mi parte decir que quiero ser ella?—. Tenía entendido que el Departamento Deportivo de Stanford contaba con un equipo de especialistas en psicología del deporte.

—Así es —digo repasando con la mirada las paredes de su despacho. Los diplomas superan en número a las fotos personales: cuatro diplomas, cero fotos. Es posible

que Sam y yo ya seamos la misma persona—. Son fantásticos. Han estado tratándome estos últimos meses, pero... —Me encojo de hombros con la esperanza de transmitirle que la culpa de que la cosa no haya cuajado es mía—. Hace unos años tuve algunos problemas..., nada que ver con el salto de trampolín. En aquel momento, la terapia cognitivo conductual me vino bien y, como es tu especialidad, mi entrenador y yo hemos pensado que no estaría de más volver a probarla. —Sonrío como si tuviera plena confianza en el plan. Ojalá.

—Entiendo. ¿Y qué problemas trataste con la...?

—Nada que tuviese que ver con los deportes. Fui por... temas familiares. La relación con mi padre. Pero todo eso está ya resuelto. —Pronuncio las palabras con tanta rapidez que cuento con que Sam cuestione lo que sin duda es una verdad a medias y una explicación chapucera, pero ella se limita a perforarme con la mirada, evaluándome.

Centra toda su atención en mí, y yo me revuelvo en la silla, notando, como de costumbre, los músculos doloridos. Su presencia no resulta especialmente tranquilizadora, pero he venido para que me ayude con mis problemas, no para que me coja de la mano y me cante una nana.

—Comprendo —dice al fin. Lo que más me gusta de los psicólogos que usan un enfoque cognitivo conductual es que no se andan con chorradas. *Mira, esto que haces te perjudica. Voy a enseñarte a no hacerlo, tu seguro me pagará una pasta y luego cada una se irá por su lado. Cuéntame todos tus traumas, que yo pongo los clínex*—. ¿Y seguro que quieres estar aquí, Scarlett?

Asiento con gesto enérgico. Puede que no me apetezca nada experimentar la agonía de tener que enseñarle a alguien las partes más blanditas de mi interior, pero no soy la típica poli gruñona de una serie de los ochenta que reniega de los psicólogos. Ir a terapia es un privilegio. Tengo la suerte de disponer de ella. Y, sobre todo, me hace falta.

—Reconozco que no sé gran cosa sobre el salto. Parece una disciplina muy compleja.

—Lo es. —Muchos deportes de competición requieren de un delicado equilibrio entre la resistencia física y la mental, pero el salto... El salto es, sin lugar a dudas, el más jodido de todos.

—¿Te importaría darme más detalles?

—Claro. —Carraspeo y bajo la mirada a mis mallas y mi camiseta de compresión. Negro y rojo escarlata. *Equipo de Natación & Salto de Stanford: El poder del Árbol*. Está claro que quienquiera que haya diseñado la equipación pretende que nuestra identidad se reduzca a nuestro desempeño atlético. *Que no se os olvide: sois la puntuación que sacáis*—. Saltamos de cosas. Caemos en la piscina. Y entremedias hacemos piruetas.

Quería hacerla reír, pero Sam no es muy dada al cachondeo.

—Supongo que eso no es todo.

—Hay un montón de normativas. —Pero no quiero aburrirla ni complicarle las cosas—. Soy atleta de primera división de la NCAA, la Asociación Nacional de Atletas Colegiados. Compito en dos pruebas. En una se salta desde el trampolín, una tabla de fibra de vidrio que

rebota —imito el vaivén de la tabla con la palma de la mano— y tiene una altura de unos diez pies. Tres metros. —«Lo mismo que un avestruz», me recuerda la voz de mi primer entrenador.

—¿Y cuál es la otra?

—La plataforma. Esa mide treinta y tres pies. —Diez metros. Dos jirafas.

—¿Esa no rebota?

—No, es estática.

Hace un ruidito con la boca cerrada.

—¿Se puntúa igual que la gimnasia artística?

—Más o menos, sí. Un jurado califica las pruebas y resta puntos según los errores que cometan los participantes.

—¿Y cuántos saltos ejecutas en cada competición?

—Depende. En realidad... el número de saltos da igual. —Me muerdo el interior de la mejilla—. Lo que importa es el grupo.

—¿El grupo?

—El... tipo de salto, para que me entiendas.

—¿Y cuántos grupos hay?

—Seis en total. —Jugueteo con la punta de mi coleta—. Hacia delante. Hacia atrás. Inverso. Con tirabuzón. En equilibrio sobre las manos.

—Ya veo. En tu correo, me comentaste que habías estado recuperándote de una lesión, ¿no es así?

Ir a terapia es un privilegio, sí, pero me revienta.

—Correcto.

—¿Y cuándo te lesionaste?

—Hará unos quince meses. Cuando estaba acabando primero. —Aprieto los puños bajo los muslos, a la espera

de que me pida que le cuente los detalles más escabrosos.
Tengo la lista ya preparada.

Sin embargo, Sam me ahorra el mal trago.

—¿No has dicho que hay seis grupos de saltos?

—Sí. —El cambio de tema me deja a cuadros y bajo la guardia.

Es un desliz de proporciones épicas.

—Y esta lesión tuya, Scarlett..., ¿tiene algo que ver con el hecho de que solo hayas enumerado cinco?